
MERCADO Y VIRTUD O CÓMO COMPLICAR LA ECONOMÍA. A PROPÓSITO DE *LAS PASIONES Y LOS INTERESES*, DE ALBERT HIRSCHMAN

*Alberto Castrillón**

Sentir mucho por los otros y poco por sí mismo,
restringir los impulsos egoístas y dejarse dominar
por los afectos benevolentes,
constituye la perfección de la naturaleza humana.

Adam Smith (1759)

LA FE EN EL MERCADO

La actitud general hacia el capitalismo ha variado de un extremo al otro: de la condena total de hace tres siglos, a la visión reformadora de personajes como Roosevelt, Attlee y Keynes de mediados del siglo pasado, hasta la alabanza de hoy en día. Desde los años ochenta se cree que no hay otra opción y poco se usa ese término, lo reemplazó el eufemismo “sociedad de mercado”. “No hay ninguna alternativa”, sentenció la Baronesa Margaret Thatcher. Es “el fin de la historia”, exclamó Francis Fukuyama. ¿Qué sentido tiene entonces volver a Albert Hirschman o, mejor, reexaminar los fundamentos ideológicos del capitalismo? Las críticas al capitalismo parecen anacrónicas. Se juzgan como divagaciones irracionales, como atavismos que se niegan a desaparecer: ¿acaso la historia no ha demostrado que los *intereses*, el móvil del capitalismo, son propensiones benignas promueven la civilización y arrinconan las pasiones malignas que, como decía Hobbes, hacen “solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta” la vida del hombre?

* Especialista en Historia Económica, Profesor de la Facultad de Economía, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, [jracastrillon@yahoo.com]. Agradezco las sugerencias de Mauricio Pérez Salazar, en particular la referencia a la obra del poeta provenzal Bertrand de Born. Fecha de recepción: 2 de marzo de 2013, fecha de modificación: 5 de mayo de 2013, fecha de aceptación: 5 de junio de 2013.

Se ha impuesto la idea de que no cabe duda moral alguna sobre el mercado; bien sea porque es un fenómeno social que obedece a leyes naturales, amorales como la ley de la gravedad, o porque es el culmen de la moral, el ámbito donde la libertad humana llega a la perfección. No importa que esas dos justificaciones se contradigan, el pensamiento conservador poco atiende razones y defiende las suyas como una fe. Años de propaganda han llevado a olvidar que el ascenso del capitalismo es muy reciente y que tuvo que vencer obstáculos formidables erigidos por religiones, privilegios feudales y críticos de toda clase.

Hirschman recuerda que el ascenso del capitalismo y su aceptación no fueron fáciles: los autores que pulieron los “argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo”—Montesquieu, James Steuart, Adam Smith, John Millar—tuvieron que esforzarse para vencer la resistencia de la religión —que no veía con simpatía el afán de lucro o el ahorro—, de autores románticos contrariados por la fealdad del mundo industrial, y de socialistas utópicos o científicos que consideraban inaceptables los frutos del capitalismo porque eran producto de la injusticia o la explotación (Ovejero, 1994, 11). Friedrich Nietzsche, que falleció en 1900, todavía se permitía despreciar los afanes del comerciante, el industrial, el obrero. Citemos una de tantas muestras de ese desdén:

Hay algo de salvajismo indio [...] en la manera con que los norteamericanos ambicionan el oro [...] Ahora nos avergonzamos del reposo; la meditación prolongada casi produce remordimientos. Se medita reloj en mano mientras se come, con los ojos fijos en las cotizaciones de Bolsa [...] Y así como para esa precipitación en el trabajo desaparecen las formas para los ojos, sucumben también el sentido de la forma y se pierden la vista y el oído para la melodía del movimiento. [...] No hay ya tiempo ni constancia para las ceremonias, para los rodeos de la cortesía, para el ingenio en la conversación, ni para “otium” alguno (Nietzsche, 2003, 179-180).

La tesis de Hirschman es que los autores mencionados defendían el capitalismo porque pensaban que “activaría ciertas tendencias humanas benignas a costa de otras [tendencias] malignas”. Hoy no se puede defender con base en esa idea: es claro que no ha suprimido las pasiones malsanas y sus secuelas destructivas. Se acude más bien a los *incentivos* que ofrece el mercado para satisfacer los intereses personales, los cuales explicarían el deseo de progreso de individuos, colectividades y pueblos.

Pese a los elogios desmedidos, el firmamento del mercado está cubierto por negros nubarrones. La crisis económica que estalló en 2008, por su amplitud y el dolor que ha hecho padecer a millones de europeos y estadounidenses, recordó que los mercados no se regulan a sí mismos. Y dio un mentís a la retórica neoliberal de los años ochenta

y noventa. Como dijo Tony Judt, “el estilo materialista y egoísta de la vida contemporánea no es inherente a la condición humana” (2011a, 17). Es resultado de una incesante cantilena que ha terminado por convencer a propios y extraños de que las relaciones humanas se reducen al cálculo racional del interés personal. Los profesores de economía y sus crédulos estudiantes repiten “como loros una visión capitalista reducida y empobrecida: un ideal de unidades productivas, a modo de mónadas, que maximicen el provecho privado, pero indiferentes a la comunidad o a la convivencia” (Judt, 2011b, 121). Un punto de partida simbólico de esta situación fue la publicación en 1975 de *La crisis de la democracia. Informe sobre la gobernabilidad de las democracias a la Comisión Trilateral*, que llamó la atención sobre la ingobernabilidad de las democracias debido a la demanda de servicios públicos por una ciudadanía cada vez más inconforme y politizada. Este informe, encargado por la Comisión Trilateral, fundada por David Rockefeller en 1973, recomendó poner en manos de la tecnocracia los asuntos que intentaban gestionar los ciudadanos.

Poco antes de 2008, el *establishment* académico, salvo pocas excepciones que no se tomaron en serio, se regodeaba con la bonanza financiera. Y después del estallido de la crisis intentó lavarse las manos: a ambos lados del Atlántico repetía: “nadie podía haberlo predicho”. Alan Greenspan, presidente de la FED durante casi dos décadas, con el lenguaje eufemístico usual, se negó a mencionar la burbuja inmobiliaria: “Una grave distorsión nacional de precios es muy improbable”. Dos años antes de la crisis, Ben Bernanke, sentenció: “el aumento del precio de la vivienda es, en gran medida, reflejo de unos sólidos fundamentos económicos”. Hoy, los críticos del capitalismo o de los mercados desregulados podrían regocijarse abriendo con saña la herida de los teócratas del mercado: hay todo un bosque de árboles caídos para hacer leña. Por respeto al templo del saber y sin afán de imitar a Eróstrato, el incendiario, baste citar a Eugene Fama, autor de la hipótesis de los mercados eficientes, que un año antes del desastre sostuvo: “la palabra burbuja me saca de quicio [...] Los mercados inmobiliarios son menos líquidos, pero la gente es muy cuidadosa cuando compra casas. Se trata normalmente de la mayor inversión que van a hacer, de manera que estudian el asunto con cuidado y comparan precios” (Krugman, 2009).

¿Cómo no compartir la indignación del viejo Paul Samuelson, cuando exclamó: “desde Islandia hasta la Antártida, niños aún por nacer aprenderán a temblar ante los nombres de Bush, Greenspan y Pitt. Por supuesto, estoy exagerando, pero solo un poco” (Samuelson, 2008).

¿Qué orientación puede ofrecer la economía dominante para despejar los negros nubarrones? ¿Podemos fiarnos ahora de los dictámenes de austeridad de quienes no advirtieron el desastre y hoy pretenden tener la “solución” de los problemas que ayudaron a crear –o se oponen a quienes intentan resolverlos con otros remedios–, como el laureado Robert Lucas, quien denominó *economía de baratija* a los esfuerzos de algunos economistas que sirven en el gobierno de Obama empeñados en buscar soluciones a la crisis?

Este tipo de discurso solo tiene unos treinta años. Después de decenios de control político y democrático de los mercados, en la década de 1980 se empezó a considerar “natural” la obsesión por la riqueza, el culto a la privatización, el abismo entre ricos y a pobres, la admiración por los mercados desregulados, el desprecio por el sector público y la ilusión del crecimiento infinito (Judt, 2011a, 17). Se retornó al esquema vulgar que denunció Keynes hace ya tantos años: “la misma regla de cálculo destructivo gobierna todos los ámbitos de la vida [...] Destruimos la belleza del paisaje porque los esplendores de la naturaleza, de los que nadie se ha apropiado, carecen de valor económico. Seríamos capaces de apagar el sol y las estrellas porque no pagan dividendos” (Keynes, 1933, 187).

Los días 16 y 17 de abril de este año Oliver Blanchard, economista jefe del FMI, presidió la conferencia “Rethinking macro policy II: First steps and early lessons”, a la que acudieron expertos de todas las vertientes. La presentación del premio Nobel George Akerloff fue diciente: comparó la crisis con un gato trepado en un árbol. Akerloff exclama: “¡Dios mío. Ese gato se va a caer y no sé qué hacer!”. David Romer lo sigue: “El gato ha estado en el árbol cinco años. Es hora de obligarlo a bajar y asegurarse de que no se vuelva a subir”. Stiglitz sentencia: “No hay una buena teoría económica que explique por qué el gato está todavía en el árbol”. Para rematar, la conclusión de Oliver Blanchard causó estupor en los legos: “No hemos identificado nuestro destino final [...] realmente no tengo ni idea de a dónde llegaremos”. ¡Qué lejos estamos de la jactancia de hace apenas un lustro!

El mejor economista del siglo pasado, J. M. Keynes, también empleó la metáfora de los gatos, en alusión a los ortodoxos de su tiempo: burlándose del hombre de chatas pretensiones dijo que no era capaz de amar a su gato, sino a las crías de su gata. Ni siquiera a las crías, sino a los gatitos de los gatitos y así sucesivamente “hasta el fin en el reino de los gatos” (Keynes, 1997, 331).

ALBERT HIRSCHMAN, UN INTELLECTUAL DE ANTAÑO

Se ha dicho que la única enseñanza de la historia es que nada enseña. Quizá, como dijo Hirschman, lo único que se pueda pedir a la historia, sobre todo a la historia de las ideas, no es que resuelva problemas sino que contribuya a elevar el nivel del debate, para que “tanto los críticos como los defensores del capitalismo” puedan mejorar “sus argumentaciones mediante el conocimiento del episodio de la historia intelectual” que se narra en *Las pasiones y los intereses* (1999, 153).

Tal vez haga falta visitar de nuevo la historia del pensamiento social, asignatura secundaria en los estudios universitarios y cuyo espacio es cada vez menor. Lo haremos de la mano de Albert Hirschman, quien vivió en Colombia entre 1952 y 1956, los años más felices de su vida, según dijera él mismo¹.

La obra de Hirschman no se suele estudiar en los cursos normales de nuestras facultades de economía, salvo quizá alguna mención en los cursos de desarrollo económico. Pese a que fue uno de los pioneros de la economía del desarrollo, al lado de lumbreras –la expresión es de Hirschman– como Gunnar Myrdal, Arthur Lewis o Raúl Prebisch. Y peor aún, pese a que vivió en nuestro país durante la primera mitad de la década de 1950, experiencia que marcó su manera de abordar los problemas del desarrollo.

La clave para entender su obra más conocida sobre ese tema, *La estrategia del desarrollo económico*, es la historia económica de Colombia y sus años de residencia en el país. Por ello, señaló: “como siempre les digo a mis amigos, la verdad es que solo sé de Colombia; pero después de todo, Marx solo sabía de Inglaterra”².

Tal vez haya dos razones para que no se lo estudie. Primera, según Krugman, Hirschman –igual que Myrdal– “acab[ó] posicionándose en contra de cualquier intento de formalizar sus ideas”, hoy “la teoría económica es una colección de modelos” y “la influencia de las ideas que no han sido embalsamadas en forma de modelos desaparece”. Segunda, los teóricos del alto desarrollo fracasaron en comunicar claramente de qué estaban hablando.

¹ Albert Hirschman (1915-2012), economista alemán nacionalizado en Estados Unidos. Emigró de Alemania con la llegada de los nazis al poder. Estudió en la Sorbona y en Trieste. Participó en la resistencia antifascista en Italia, Francia y España. Viajó a Estados Unidos, donde trabajó para la Reserva Federal y la Universidad de Berkeley, sirvió en el ejército estadounidense durante la Segunda Guerra Mundial. A su regreso fue nombrado Jefe de la Sección Europea de la Reserva Federal, cargo que ejerció hasta 1952. Entre 1952 y 1956 trabajó para el gobierno colombiano, como consejero financiero de la Junta de Planificación Nacional (1952-1954) y como asesor privado (1954-1956).

² En junio de 2008, la Facultad de Economía de la Universidad de los Andes celebró los 50 años de la publicación de *La estrategia del desarrollo económico*.

Hirschman señaló que los economistas con una visión amplia de las cuestiones del desarrollo no advirtieron los desastres políticos que se presentaron desde los años sesenta, y quedaron desconcertados. Este último punto conecta con nuestro tema, la teoría política. Para Hirschman, la razón para escribir *Las pasiones y los intereses*, después de varias décadas de estudiar el desarrollo económico, fueron los desastres políticos de América Latina en los sesenta y setenta. Con los regímenes autoritarios latinoamericanos en el trasfondo, en ese libro examinó “las razones del nacimiento de la democracia” y las “esperanzas y perspectivas [a las que] está vinculada” (1996, 650).

Pensaba que antes que un libro de historia era una “investigación de las articulaciones entre política y economía”. Una idea permanente en su obra es la de las “consecuencias inesperadas de la acción humana”, que recuerda una noción similar de la Ilustración Escocesa. Dos pensadores, Montesquieu y James Steuart, llamaron la atención de Hirschman:

- a. En Montesquieu, la idea de que el comercio influye en la gente dulcificándola. De ahí la expresión común en el siglo XVIII: *doucer du commerce* (la dulzura del comercio).
- b. En James Steuart, la idea de que la sociedad comercial, la sociedad de mercado, limita las posibilidades de actuación arbitraria del soberano. Es decir, algunas formas de la vida económica podrían modificar el comportamiento de los ciudadanos como también el del Príncipe, evitando o dificultando los abusos de este sobre aquellos.

Aparece entonces otro elemento central en el pensamiento de Hirschman: las relaciones, los “puntos de conexión” entre la política y la economía, conexiones complejas que siempre tienen “consecuencias inesperadas” e impiden anticipar el futuro. Hirschman buscaba que los economistas prestaran interés a campos poco explorados por la teoría económica convencional. Veamos estas ideas con más detalle, pero antes citemos sus palabras:

El enemigo principal es justamente la ortodoxia; repetir siempre la misma receta, la misma terapia, para resolver diversos tipos de enfermedad; no admitir la complejidad, querer reducirla a toda costa, cuando las cosas reales son cada vez un poco más complicadas (Hirschman, 1996, 663).

PASIONES E INTERESES

Los versos del poeta y guerrero provenzal Bertrand de Born (1140-1215) –inmortalizado por Dante Alighieri al lanzarlo al infierno junto con los sembradores de discordias (Cántico 28), con la cabeza separada del tronco y cargada en la mano– tal vez sean la mejor expresión de una sociedad guerrera en la que los calculistas de Schumpeter no iban delante de guerreros y conquistadores. Así dicen algunos apartes del poema (reproducido en Alvar, 1999):

Me agrada el alegre tiempo de pascua

Me agrada que los batidores
hagan huir a la gente con sus bienes;
y me agrada ver venir tras ellos
muchas gentes de armas todos juntos;
y me agrada en mi corazón
ver castillos fuertes asediados,
muros derrumbados y rotos
y ver la hueste en la orilla,
rodeada de fosos
con estacadas de fuertes y apretados palos [...]

Mazas y espadas, yelmos de colores,
escudos que se rompen y despedazan,
todo lo veremos al entrar en el combate
y a muchos vasallos golpear juntos,
por lo que vagabundearán
los caballos de los muertos y de los heridos.
Y cuando haya entrado en la batalla, cada noble
no pensará sino en cortar cabezas y brazos,
que más vale muerto que vivo vencido [...]

Os digo que no me agrada tanto
comer, beber o dormir
como cuando oigo gritar: “¡A ellos!”
por ambas partes y oigo relinchar
caballos vacíos en la sombra
y oigo gritar: “¡Socorro! ¡Socorro!”
y veo caer por los fosos,
en la hierba, a grandes y pequeños
y veo los muertos que por los costados
tienen las astas y los cendales.

Como señaló Schumpeter, el clima moral que reflejan los versos del trovador occitano no era el más adecuado para que prosperaran las virtudes burguesas del “hombre de bien”, tan alabadas por Benjamín Franklin (1964, 10). Y ese clima duró varios siglos.

¿En qué momento cambió? Paul Hazard, en *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, muestra cómo cambiaron las creencias de los europeos en el tránsito del siglo XVII al XVIII, la época que estudió Hirschman en su investigación. En ese periodo se impusieron el racionalismo continental y el empirismo anglosajón como sistemas filosóficos, que rompieron las ataduras escolásticas en temas claves como las virtudes, las pasiones, el pecado, la justicia, el precio justo y la usura. Refiriéndose a ese cambio, Hazard dice:

¡Qué contraste, qué brusco cambio!, la jerarquía, la disciplina, el orden que la autoridad se encarga de asegurar, los dogmas que regulan la vida firmemente: eso es lo que aman los hombres del siglo XVII. Las trabas, la autoridad, los dogmas: eso es lo que detestan los hombres del siglo XVIII. Los primeros son cristianos, los otros anticristianos. Los primeros

creen en el derecho divino, los otros en el derecho natural; los primeros viven a gusto en una sociedad de clases desiguales; los segundos no sueñan más que con la igualdad [...] La mayoría de los franceses pensaba como Bossuet; de repente, los franceses piensan como Voltaire: es una revolución [...] Una sociedad fundada en la idea del deber –los deberes para con Dios, los deberes para con el príncipe–, los “nuevos filósofos” intentaron sustituirla por una civilización fundada en la idea del derecho: los derechos de la conciencia individual, los derechos de la crítica, los derechos de la razón, los derechos del hombre y del ciudadano (1988, 89).

¿Cuándo empezó esta transición? Un vistazo a la literatura española da pistas del significado de las pasiones en la obra de Hirschman, en particular, del pasatiempo favorito de las clases nobles: la guerra y el sentido del honor, el desprecio del dinero. Los versos del poema épico más conocido de la lengua castellana, el *Mío Cid*, dan un testimonio:

La suerte viene a buscarme
del otro lado del mar,
tendré que vestir las armas
que no lo puedo dejar,
y mi mujer y mis hijas
ahora me verán luchar.
Verán en tierras extrañas
lo difícil que es estar,
harto verán por sus ojos
cómo hay que ganar el pan.

Siglos después, Cervantes puso en boca de su héroe las siguientes palabras, expresión de una concepción heroica de la vida. El *Quijote* tal vez gusta por ser una expresión anacrónica de una forma de vida que estaba terminando. Sus discursos son objeto de burla en la casa del ventero, se ríen de ellos las prostitutas y la gente común. Así, puede reclamar:

¿Quién el que ignoró que son exentos de todo judicial fuero los caballeros andantes, y que su ley es su espada, sus fueros sus bríos, sus pragmáticas su voluntad? ¿Quién fue el mentecato, vuelvo a decir, que no sabe que no hay ejecutoria de hidalgo con tantas preeminencias ni exenciones como la que adquiere un caballero andante el día que se arma caballero y se entrega al duro ejercicio de la caballería? ¿Qué caballero andante pagó pecho, alcabala, chapín de la reina, moneda forera, portazgo ni barca? ¿Qué sastre le llevó hechura de vestido que le hiciese? ¿Qué castellano le acogió en su castillo que le hiciese pagar el escote? ¿Qué rey no le asentó a su mesa? ¿Qué doncella no se le aficionó y se le entregó rendida, a todo su talante y voluntad? (Cervantes, 1964, 1243)

Los ideales nobiliarios influyen en todas las gentes, en Sancho y en Teresa de Jesús, la mística doctora de la Iglesia, fundadora de las Carmelitas Descalzas, cuyos hermanos también vinieron a “hacer las América”. En el relato de su vida, recuerda los juegos infantiles con su hermano:

Concertábamos irnos a tierra de moros, pidiendo por amor de Dios, para que allá nos descabezasen. Y paréceme que nos daba el Señor ánimo en tan tierna edad, si viéramos algún medio, sino que el tener padres nos parecía el mayor embarazo (Polo, 1986, 87).

El poeta filipino Pacífico Victoriano, en “Excelsior a Cervantes”, poema escrito en 1905, contrapone el idealismo de Don Quijote al pragmatismo de Sancho:

Vive aún Sancho con vida depravada
y el pundonor con su ambición se junta;
¡No! No esa humanidad tan corrompida
que pisotea la honra y el decoro;
¡e hipoteca el amor y hasta la vida
por la ruindad, el cálculo y el oro! (Santos, 2007, 18).

Dijo Don Quijote a Sancho: “¿Quién barrenó los navíos y dejó en seco y aislados los valerosos españoles guiados por el cortesísimo Cortés en el Nuevo Mundo?”

El espíritu caballeresco determinó la cultura española hasta tal punto que Don Joaquín Costa, el polígrafo español a quien debemos sesudos estudios sobre el caciquismo y atinadas reflexiones sobre las causas del atraso y la decadencia española, a pesar de su consejo –“echar siete llaves al sepulcro del Cid”– proclamó:

La Humanidad terrestre necesita una raza española, grande y poderosa, contrapuesta a la raza anglosajona para establecer el equilibrio moral en el juego infinito de la Historia [...] al lado del Sancho británico no se irguiese puro, luminoso, soñador, el Quijote español [...] manteniendo perenne aquí abajo esa caballería espiritual que cree en algo, que siente por algo y que se sacrifica por algo, y con esta pasión, y con esta fe, y con ese sacrificio que hace que la tierra sea más que una factoría, que un mercado donde todo se compra y se vende (Costa, 1969, 171).

Una actitud que compartió Werner Sombart, quien se refirió a los ingleses como una “nación de tenderos”.

Los valores caballerescos fueron duramente criticados por muchos autores. Durante los siglos XVII y XVIII pulularon los escritores que disculpaban las pasiones, en particular la codicia. A eso se refería Schumpeter cuando señaló que en esa época se produjo la sustitución de los héroes, los titanes y conquistadores por los calculistas y los economistas. Y no pudo dejar de decir con nostalgia que el empresario era el líder de una civilización racionalista y sin héroes, absorbido por “el libro mayor y el cálculo de costes”, en la que “la Bolsa es un pobre sucedáneo del Santo Grial” (1983, 188).

Para Schumpeter, la civilización actual, sin brillo y sin lustre, es comandada por hombres incapaces de “ahuyentar un ganso” (ibíd.), una opinión que en cierto modo compartía Hirschman, quien no

pudo dejar de citar uno de los párrafos finales de la obra de Cervantes sobre el personaje que tuvo la mala idea de “sanar” a Don Quijote, y sumergirlo en “las heladas aguas del cálculo racional” y, así, perder el “beneficio” derivado de la capacidad para acariciar una y otra vez la idea del éxtasis y la felicidad (Hirschman, 1982, 24):

—¡Oh, señor! —dijo don Antonio—, Dios os perdone el agravio que habéis hecho a todo el mundo en querer volver cuerdo al más gracioso loco que hay en él. ¿No veis, señor, que no podrá llegar el provecho que cause la cordura de don Quijote a lo que llega el gusto que da con sus desvaríos?

Retornemos al comercio y las pasiones³. En los siglos XVII y XVIII abundaron los escritores —teólogos y filósofos— que trataron las condiciones para una sociedad virtuosa, una sociedad que compaginara algunos valores deseables con las condiciones que generaba el nacimiento del capitalismo; una sociedad civil comercial virtuosa, para usar los términos de Adam Ferguson.

Ya no era posible recurrir a la ética cristiana, pues era incompatible con la era de la Ilustración. Además, la religión no “civiliza” a nadie: reviste el grado de “civilización” de la sociedad que la practica. Los recuerdos de las guerras de religión —la matanza de San Bartolomé, el llamado de Lutero a la nobleza alemana para aplastar a los campesinos— no la autorizaban a asumir ese papel. Descartes no la mencionó cuando habló de “la industria del control de las pasiones”. Había entonces que apelar a la *coerción estatal*, a la “vía compensatoria”: un clavo saca otro clavo: unas pasiones se oponen a otras y las aniquilan. El interés, por ejemplo, anula pasiones destructivas: “porque así como en el gobierno de los estados es necesario a veces enfrentar una facción con otra, lo mismo ocurre en nuestro gobierno interior” (Bacon, citado en Hirschman, 1999, 30).

Montesquieu, por su parte, expone el ambiguo papel del comercio: “las leyes del comercio contribuyen a perfeccionar las costumbres por la misma razón que las corrompen. El comercio corrompe las virtudes puras: de eso se lamentaba Platón; pero pule y suaviza las costumbres bárbaras, como podemos verlo cada día”⁴.

El comercio, a diferencia del *logos* griego, no logra embridar el deseo de poder, la envidia, la concupiscencia ni la avaricia. Agustín de Hipona disculpará la *libido dominandi* —la concupiscencia del poder—, los autores modernos disculparán la avaricia, el *amor sceleratus habendi* (el maldito amor por la posesión). Para que triunfe el capitalismo habrá que ver virtud en el vicio, mostrar que los vicios privados traen beneficios públicos. Mandeville sostiene que el bien público se sirve

³ Sobre este tema, ver Pocock (1985).

⁴ *Esprit des Lois*, XX, 1, citado en Hirschman (1984, 13).

mejor con el mal privado. La codicia, que para Dante no tenía un castigo especial porque era su propio castigo, no solo es inherente a la naturaleza humana, sino que es racional y moralmente permisible. Será Burke quien defienda el amor al lucro como “un principio natural, razonable y prolífico”.

Las pasiones se trastocan en intereses, más calmos. El interés es una pasión razonada, que contrarresta pasiones más ardientes, como el afán de poder, el deseo sexual y otras inclinaciones irracionales:

La modernidad es el paso de las pasiones cálidas a las frías, el paso al frío y calmo interés: allí irrumpen las pasiones adquisitivas, el *homo oeconomicus* de la edad liberal [...] El amor y la ira se reducen convirtiéndose en sexo y violencia. La avaricia y la avidez se redefinen como motores del progreso, la envidia se convierte en competencia creadora, la ambición, representada como afán de progreso personal, la codicia, llamada superación económica y agresividad competitiva (Bordelois, 2006, 189).

Para Norbert Elias, “La tragedia clásica expresa del modo más nítido la importancia de las buenas formas, signo distintivo de toda *society* auténtica; la moderación de las pasiones individuales mediante la razón, cuestión vital para cada cortesano. El comedimiento en la conducta y la exclusión de toda expresión vulgar, símbolos específicos de una cierta fase en el camino hacia la ‘civilización’” (1994, 67).

LIMITACIONES DEL DISCURSO SOBRE EL COMERCIO Y LA VIRTUD

Los moralistas ingleses del siglo XVIII no se fiaban del recurso a los intereses como pasión compensadora. Primero, como señala Hirschman, si bien el discurso sobre las virtudes podía tener elementos de verdad no estaba exento de problemas. Mientras que en la cultura moral antigua el ideal moral consistía en someter las pasiones al examen de la razón, como sostenía Aristóteles, los autores modernos procurarán domar las pasiones sin recurrir a fuerzas extrañas –como la fe– pero no confiarán exclusivamente en la razón. En la época clásica, la relación entre el individuo y la verdad se consideraba puramente intelectual. Los filósofos morales ingleses –Smith, Hutcheson, Ferguson, Shatesbury– a quienes podríamos añadir a Spinoza, sostendrán que la verdad compromete al hombre en su integridad, no solo su corteza cerebral. El racionalismo de Descartes, por ejemplo, riñe con el empirismo inglés. En la ilustración escocesa no cabe el *dictum* kantiano de las pasiones como cáncer de la razón. Para Hume, la razón es y debe ser esclava de las pasiones. El interés es sucedáneo de las pasiones. Y viceversa.

Hirschman dice que la distinción entre pasiones e intereses no es clara. La idea de que el comercio hace dulce a la gente no es del todo

cierta. No todos los ilustrados –con certeza ni Smith ni Ferguson, ni siquiera Montesquieu– compartían la fe en el comercio como medio civilizador, aunque no lo atacaban. La sociedad comercial es irreversible, sostendrán, y la virtud seguirá siendo necesaria, aunque no siempre se logre conciliar el interés comercial con la virtud.

Adam Ferguson, por ejemplo, rechazó la subordinación de todas las esferas de la vida social a la “norma económica”, es decir, al mercado. La sociedad no está formada únicamente, como sugerían algunos de sus contemporáneos, por individuos egoístas que solo buscan su interés personal. El hombre también tiene una inclinación natural a la sociabilidad, como señaló Aristóteles y en contra de lo que postuló Hobbes. La sociedad comercial corrompe el espíritu cívico y amenaza destruir la sociedad. Por ello es necesario que el individuo, además de perseguir sus intereses, tenga virtud cívica, que haga gala de humanismo cívico, en la mejor tradición del republicanismo griego o renacentista (Castrillón, 2007).

Smith no era ajeno a estas tesis. Aunque no escatimó elogios a la sociedad comercial y a la división del trabajo, no dejó de ver y de decir que los comerciantes eran rapaces, mezquinos, engañadores, conspiradores, falsos, viles, sofistas, que se aprovechaban de los pobres y de los indigentes. Es decir, estuvo lejos de suscribir sin salvedades la tesis del “dulce comercio” o su correlato, el egoísmo como motivación y explicación primordial de la acción humana, una posición que Hirschman no trató. Smith criticó el reduccionismo de Epicuro, el de Hobbes, el de su maestro Hutcheson y el de Mandeville. Para Smith, los hombres no eran villanos malvados ni héroes desinteresados de sí mismos.

No se puede dejar de mencionar a Sir Steuart, quien pensaba que el comercio, la industria, la sociedad civil comercial, la letra de cambio, la legislación mercantil y las “fugas de capital” mantenían a raya las apetencias del poder y frenaban la rapacidad de los gobernantes. El comercio dio origen a la sociedad civil, cuyo signo es contrario al de la arbitrariedad: cuanta más sociedad menos Estado, y viceversa. El comercio modera el espíritu bélico y atempera las pasiones del gobernante. Según Hirschman, los modernos *creían, tenían fe*, en que el progreso económico y el progreso político eran indisolubles. Aunque quisieran, los hombres –gobernantes y súbditos– no podían ser malvados. Así lo dijo Montesquieu: “es una suerte para los hombres estar en una situación en donde, mientras las pasiones les inspiran la idea de ser malvados, todavía tienen interés en no serlo”. Lo que les impide ser malvados es la persecución del interés y la expansión del

mercado. Esto recuerda a Kant, emblema de la Ilustración, para quien el problema del Estado, del gobierno, de la constitución del orden civil tenía solución, así se tratase de un “pueblo de demonios”, pero dotados de entendimiento para perseguir sus intereses y calcular los medios necesario para conseguirlos.

Ordenar una muchedumbre de seres racionales que, para su conservación, exigen conjuntamente leyes universales, aun cuando cada uno tienda en su interior a eludir la ley, y establecer su constitución de modo tal que, aunque sus sentimientos particulares sean opuestos, los contengan mutuamente de manera que el resultado de su conducta pública sea el mismo que si no tuvieran tales malas inclinaciones (Kant, 2006, 74).

Para Hirschman, la relación entre comercio y virtud, entre progreso económico y político, no tiene un carácter unívoco. Los ciudadanos ricos no siempre mantienen a raya la arbitrariedad del príncipe: muchas veces se alían con los malos gobernantes para perseguir su propio interés, no el bien común.

El crecimiento económico, el progreso social y la libertad —o más sencillamente, el respeto por los derechos humanos— no avanzan necesariamente juntos [...] algunas variedades de crecimiento económico son enteramente compatibles con el retroceso social y político (Hirschman, citado en Meldolessi, 1997, 259).

Las relaciones entre economía y política, entre desarrollo económico y político, son más complejas que las tres que se suelen mencionar: todo lo bueno viene junto, es necesario sacrificar uno en pro del otro (la democracia en pro del mercado, por lo general), y primero uno (el económico) y después el otro. En opinión de Hirschman: “no hemos querido —o nuestros constructores de modelos no han podido— pensar en términos de conexiones intermitentes, de acoplamientos y desacoplamientos, de alternancias entre interdependencia y autonomía” (1994, 8).

CODA

La obra de Albert Hirschman no solo es de interés en nuestro país, por su influencia en la formulación de políticas públicas, igual que Lauchlin Currie. Tanto más cuanto que la opinión de Hirschman acerca de la Colombia de hace sesenta años puede suscribirse hoy sin mayor apuro: “en el gobierno colombiano imperaba un estado de total descomposición que hacía el trabajo más difícil aún” (Hirschman, 1996, 645).

El interés por la obra de Hirschman trasciende los límites locales, pues sus tesis y sus ideas son una invitación permanente a pensar los problemas económicos con imaginación y sin temor a traspasar las fronteras académicas y profesionales entre las disciplinas sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

1. Alvar, C., comp. *Poesía de trovadores, trovères, minnesinger: de principios del siglo XII a fines del siglo XIII*, Madrid, Alianza Editorial, 1999.
2. Bordelois, I. *La etimología de las pasiones*, Libros del Zorzal, 2006.
3. Castrillón, A. "Sociedad civil, virtud y comercio", *Revista de Economía Institucional* 16, 2007.
4. Cervantes S. M. de. *Obras completas*, Parte I, cap. XLV, Madrid, Aguilar, 1964.
5. Costa y M., J. *Oligarquía y caciquismo. Colectivismo agrario y otros escritos* [1901], Madrid, Alianza Editorial, 1969.
6. Elias, N. *El proceso de la civilización* [1939], México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1994.
7. Franklin, B. *El libro del hombre de bien*, Madrid, Espasa-Calpe, 1964.
8. Hazard, P. *La crisis de la conciencia europea (1680-1715)*, Madrid, Alianza Editorial, 1988.
9. Hirschman, A. O. *La estrategia del desarrollo económico* [1958], México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1961.
10. Hirschman, A. O. *Shifting involvements*, Princeton University Press, 1982.
11. Hirschman, A. O. *L'économie comme science morale et politique*, Paris, Seuil, 1984.
12. Hirschman, A. O. "La conexión intermitente entre el progreso político", *Estudios públicos* 56, 1994, 6-14.
13. Hirschman, A. O. "Entrevista sobre su vida y su obra", *Desarrollo Económico* 35, 140, 1996.
14. Hirschman, Albert O. *Las pasiones y los intereses. Argumentos políticos en favor del capitalismo previos a su triunfo* [1977], Barcelona, Ediciones Península, 1999.
15. Judt, T. *Algo va mal*, Bogotá, Taurus, 2011a.
16. Judt, T. *El refugio de la memoria*, Madrid, Taurus, 2011b.
17. Kant, I. *Sobre la paz perpetua* [1795], Madrid, Alianza Editorial, 2006.
18. Keynes, J. M. "National self-sufficiency-studies", *Irish Quarterly Review* 22, 86, 1933.
19. Keynes, J. M. "Las posibilidades económicas de nuestros nietos" [1930], *Ensayos de persuasión*, vol. 2, Barcelona, Folio, 1997.
20. Krugman, P. "¿Cómo pudieron equivocarse tanto los economistas?", *El País* (España), 13 de septiembre de 2009.
21. Meldolesi, L. *En búsqueda de lo posible. El sorprendente mundo de Albert O. Hirschman*, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1997.
22. Nietzsche, F. *La gaya ciencia*, Palma de Mallorca, Olañeta, 2003.
23. Ovejero, F. *Mercado, ética y economía*, Barcelona, Icaria, 1994.
24. Pocock, J. G. A. *Virtue, commerce and history*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985.
25. Polo G, V. *Literatura universal*, Textos, Murcia, Universidad de Murcia, 1986.
26. Samuelson, P. "Adiós al capitalismo de Friedman y Hayek", *El País* (España), 26 de octubre de 2008.
27. Sandel, M. J. *What money can't buy. The moral limits of markets*, New York, Farrar, Straus and Giroux, 2012.

28. Santos R, M. “Sanchos y Quijotes en la España de Cervantes”, M. A. Galindo, Coord., *Cervantes y la economía*, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 2007.
29. Schumpeter, J. A. *Capitalismo, socialismo y democracia*. Barcelona, Orbis, 1983.
30. Viner, J. “Adam Smith y el ‘laissez faire’”, Spengler, J. y Allen, W. *El pensamiento económico de Aristóteles a Marshall*, Madrid, Taurus, 1971.